

CAPÍTULO XII

Expedición de González Hermosillo á Sonora. — Triunfo de este jefe independiente en el Rosario. — Ocupa parte del territorio de Sinaloa. — Extiéndese la revolución en Nuevo Santander. — Jiménez la propaga en el norte de San Luis y en Coahuila. — Fray Gregorio de la Concepción se une con Jiménez en Charcas. — Avanza este último hacia el Saltillo. — Derrota á los realistas Ochoa y Cordero, y éste cae prisionero. — Propágase la revolución en Nuevo León y en Texas. — Los vecinos de Baton Rouge proclaman la independencia de la *Florida Occidental*. — Plan de Calleja para atacar á los independientes en Guadalajara. — La derrota de Cordero impide la ejecución completa de ese plan. — Salen Calleja de Lagos y Cruz de Valladolid con dirección á Guadalajara. — Junta de guerra de los independientes en esta ciudad. — Decídese á salir al encuentro de Calleja é impedir su unión con Cruz. — Marcha el coronel Mier contra el cuerpo de ejército de Cruz. — Es derrotado por éste en el puerto de Urepetiro. — Sale Hidalgo de Guadalajara con todo su ejército. — Sitúase en las cercanías del puente de Calderón. — Batalla de Calderón. — Muerte del conde de la Cadena. — Parte reservado de Calleja. — Su entrada en Guadalajara. — Llegada de Cruz á la misma ciudad. — Proclamas de Calleja dirigidas á su ejército y á los habitantes de Nueva Galicia. — Sus actos de gobierno. — Manifestaciones que dirigen al virey la Audiencia, el cabildo eclesiástico y la Universidad. — Marcha Cruz á San Blas. — Desbarata á los independientes en la barranca de Maninalco. — El cura Verdín trama en San Blas una conjuración contra Mercado. — Triunfo de la conjuración y muerte de este ilustre caudillo. — Es azotado su cadáver de orden del cura Verdín. — Entra Cruz en Tepic y en San Blas. — Fusilamientos de Zea, del padre del cura Mercado, y de otros independientes. — Regresa Cruz á Guadalajara á fines de febrero (1811). — Es nombrado comandante general de Nueva Galicia y presidente de la Audiencia de Guadalajara. — Sucesos militares en la intendencia de Sonora. — El jefe independiente González Hermosillo avanza contra el pueblo de San Ignacio. — Acción de Piaxtla y derrota de González Hermosillo. — Retirada de los caudillos de la independencia á Aguascalientes y Zacatecas después de la batalla de Calderón. — Allende despoja á Hidalgo del empleo de *generalísimo* en la hacienda del Pabellón. — Salen Hidalgo y Allende de Zacatecas y se dirigen al Saltillo. — Se unen con el teniente general don José Mariano Jiménez. — El virey Venegas, por conducto de Cruz, ofrece indulto á los jefes de la revolución. — Noble respuesta de Hidalgo y de Allende. — Resuelven los caudillos de la independencia marchar á los Estados Unidos. — Allende envía de embajador ante el gobierno de esa nación al abogado Aldama. — Apreensión de este último en Bexar por el padre Zambrano. — El jefe realista Ochoa entra en Zacatecas. — Calleja sale de Guadalajara y se dirige á San Luis. — Ordena varios fusilamientos antes de su salida. — Nuevos fusilamientos al entrar en San Luis. — El lego Herrera y el jefe Blancas que ocupan esta ciudad son perseguidos y derrotados por el coronel realista García Conde. — Huyen á Nuevo Santander y son fusilados por el coronel Arredondo. — Los principales caudillos de la independencia antes de salir del Saltillo nombran jefe supremo del gobierno y de las armas á don Ignacio López Rayón. — Venegas y Calleja se aprestan á impedir la retirada de los jefes independientes.

Sucesos militares de grande importancia habían ocurrido en el Norte y el Occidente, ensanchando la vasta zona que, sustraída de la obediencia del gobierno vireinal, reconocía la causa de la independencia. En tanto que Hidalgo y los principales caudillos se esforzaban en Guadalajara por organizar las inmensas masas de combatientes que iban á oponer al hábil y bravo Calleja, habíanse meneado las armas con actividad y estrépito en Sonora, Coahuila y Nuevo Santander (hoy Tamaulipas); González Hermosillo, en la primera de estas provincias, Jiménez en la segunda, y en la última otros jefes de menor renombre, alcanzaban notables ventajas sobre las tropas realistas y extendían el patriótico levantamiento en aquellas apartadas regiones.

Convenía á los jefes independientes que entraron los primeros en Guadalajara cubrirse de todo ataque por el lado de Occidente; así hemos visto que Torres autorizó á Mercado para dirigirse contra San Blas y dominar toda esa vasta porción de Nueva Galicia, cumpliendo éste con su empresa del modo más brillante. Poco después, Gómez Portugal, otro de los caudillos

en aquella provincia y á quien hemos visto triunfar en la Barca, comisionó para extender la revolución en Sonora y Sinaloa, á don José María González Hermosillo y á don José Antonio López, honrado vecino de Tepatitlán, el primero, y el segundo, oficial de la primera división de milicias del Sur. La no muy numerosa sección de González Hermosillo, á quien Hidalgo había dado ya el empleo de teniente coronel ¹, emprendió su marcha á fines de noviembre, y algunos días más tarde, el 15 de diciembre siguiente, entraba en tierras de Sinaloa, comprendida entonces en la vasta intendencia de Sonora. Sin pérdida de tiempo atacó el día 18 al *real* del Rosario defendido por el coronel graduado don Pedro Villaescusa, quien se vió obligado á rendirse, entregando seis piezas de artillería y protestando no volver á tomar las armas contra los independientes, aunque á poco olvidó su promesa y se fortificó en San Ignacio. Tan brillante victoria valió á Hermosillo el ascenso á coronel, que le fué concedido por el

¹ Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo I, pág. 28.

generalísimo, en 29 de diciembre ¹. No deteniéndose en el Rosario más que el tiempo estrictamente preciso, siguió avanzando y ocupó, uno en pos de otro, Mazatlán (entonces lugarejo) y San Sebastián, disponiéndose á avanzar hacia San Ignacio y Cosalá. Urgía Hidalgo á Hermosillo para que se apoderase de este rico mineral, á fin de aprovechar para los crecidos gastos del ejército las cuantiosas sumas de dinero y plata pasta en él existentes, recomendándole también que procurase realizar los bienes de los españoles, para invertir su producto en los gastos de la revolución. Como efecto de estas medidas envió el segundo al cuartel general catorce marcos de oro, por lo cual le dió las gracias el ilustre caudillo, diciéndole que consideraba esa suma como la primicia de su buen celo y le instaba de nuevo á vender cuanto antes los bienes de los europeos para socorrer á las tropas ². Así, en el espacio de pocos días, una porción considerable de Sinaloa había sido ocupada por las armas de la independencia.

Más importantes, si se atiende á la extensión territorial que quedó dominada, fueron los triunfos por aquéllos alcanzados en Nuevo Santander y Coahuila, durante el mes de diciembre de 1810 y parte de enero de 1811. La revolución cundió de San Luis á la primera de esas provincias, cuyo gobernador, el teniente coronel don Manuel de Iturbe, abandonado de casi todos sus oficiales y soldados, vióse obligado á encerrarse en Altamira en espera de los refuerzos que pidió con urgencia al gobierno vireinal. Entretanto, los independientes al mando de Villerías, Acuña y Gómez de Lara, recorrían sin tropiezo el vasto y montuoso Nuevo Santander, aprisionando á los españoles que hallaban en las poblaciones y haciendas y forzando á huir á muchos de éstos al Saltillo, donde el coronel don Antonio Cordero, gobernador de la provincia de Coahuila, sujeta á la comandancia general de *provincias internas*, organizaba un cuerpo de tropas con las cuales debía moverse hacia San Luis, según el plan de operaciones combinado por el brigadier Calleja.

El teniente general don José Mariano Jiménez, á quien hemos visto pelear en Guanajuato con su acostumbrado denuedo, salió de esa ciudad el 24 de noviembre, algunas horas después que Allende y los demás jefes. Unido luego á ellos pasó por San Felipe, y en la hacienda del Molino, poco distante de la villa que acabamos de nombrar, se separó de sus compañeros, á consecuencia de la orden que le dió Allende de propagar la revolución por las provincias del Norte ³.

Seguido de los coroneles don Juan Bautista Carrasco, don Luis Gonzaga Mirecles y don Luis Malo, se dirigió á Charcas, al norte de San Luis Potosí, donde en poco tiempo logró reunir una respetable división, que se aumentó con la llegada de fray Gregorio de la Concepción, al frente de las tropas y la artillería que sacó de San Luis, al ser ocupada esta ciudad por don Rafael Iriarte ¹. El 10 de diciembre salió Jiménez, rumbo á Mathuala, llegando á este lugar dos días después; allí publicó un bando ² en el que prevenía que se aprehendiese á los emisarios de Napoleón que se presentasen á seducir al pueblo; que se redujese también á prisión á los que llamándose comisionados de los jefes independientes, extorsionaban á los ciudadanos pacíficos, y que se castigaría con todo el rigor de las leyes á los soldados que se permitiesen saquear casas ó haciendas. La división de Jiménez, fuerte de siete mil hombres con veintiocho piezas de artillería, salió de Mathuala el 28 de diciembre con dirección al Saltillo ³.

Cordero había tomado posiciones en Aguanueva, á corta distancia de aquella villa, con doscientos hombres perfectamente disciplinados. Al aproximarse la división de Jiménez, el jefe realista avanzó hasta el puerto del Carnero, donde se avistaron unos y otros el 6 de enero de 1811. Recio fué el empuje de los independientes, que divididos en tres columnas, atacaron el cañón del puerto y las eminencias que á uno y otro lado cubrían las tropas realistas. Después de un vivo cañoneo y cuando las columnas de Jiménez habían avanzado hasta ponerse á tiro de fusil de sus contrarios, éstos en su gran mayoría se pasaron á los asaltantes. Cordero pudo escapar y huyó hasta la *Estancia de Mesillas*, donde fué aprehendido y presentado á Jiménez, quien entró vencedor en el Saltillo el día 8, sin que una sola ejecución ni el más leve desorden empañaran el brillo de su triunfo ⁴. Aparte de los inmediatos resultados que con él recogieron los independientes, asegúrolos el dominio del Nuevo reino de León, cuyo gobernador don Manuel Santa María se declaró por la revolución en Monterey, capital de la provincia, cuyo ejemplo siguió ésta toda entera ⁵. Jiménez envió á esa ciudad al coronel Carrasco con quinientos hombres y cuatro cañones, ordenó al brigadier Aranda que ocupase Monclova, y destacó al coronel Mirecles al frente de doscientos soldados en dirección de Parras.

Conmovióse á su vez la dilatada provincia de Texas donde el capitán de milicias don Juan Bautista Casas

¹ Véase capítulo XI.

² Existe original en el Archivo general de la Nación, tomo XV de *Insidencias*.

³ *Relación* (inédita) de fray Gregorio de la Concepción que próximamente será publicada en el tomo VII de la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos.

⁴ Parte de Jiménez.—*Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, pág. 332.

⁵ El obispo de Monterey don Primo Feliciano María, dice Alamán, se fugó y pudo embarcarse rumbo á Veracruz.

¹ *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo I, págs. 24 y 27.

² *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo I, pág. 29.

³ Declaración de Abasolo, citada por Alamán en las *Correcciones y rectificaciones* al tomo II de su *Historia*. (Tomo II de la *Historia de México*, página 64 del *Apéndice*.)

se hizo dueño de la capital, San Antonio de Béxar, y con ella de todo el territorio texano, apresando el 22 de enero de 1811 y enviando luego á Monclova al gobernador realista don Manuel Salcedo y á don Simón de Herrera, que había desempeñado cargo igual en Nuevo Leon y que era entonces jefe de milicias en las provincias del Norte ¹. «Con este último movimiento, dice acertadamente Alamán, todo el país que se extiende desde San Luis hasta la frontera de los Estados-Unidos de América, obedecía á Hidalgo, sin enemigo alguno en todo él, pues Jiménez rechazó y obligó á retirarse en el puerto del Carnero al capitán don José Manuel de Ochoa que con algunas tropas de *provincias internas* se acercó á impedir el progreso de la revolución.»

Sazón es esta de hablar de un suceso que sin íntima conexión con el levantamiento acaudillado por Hidalgo, fué el precursor de los graves acontecimientos que algunos años después producirían una guerra sangrienta y porfiada entre México independiente y los Estados-Unidos de América. Algunos vecinos de Baton Rouge, lugar situado en los confines de las posesiones españolas con la joven república del Norte, proclamaron la independencia de la *Florida Occidental* en una acta que firmaron el 26 de setiembre de 1810 ².

¹ *Gaceta de México* correspondiente al 12 de octubre de 1812.

² El acta de los vecinos de Baton Rouge dice así:

«El universo sabe la fidelidad que los habitantes de este territorio han guardado á su legítimo soberano mientras han podido esperar recibir de él protección en sus vidas y haciendas.

»Sin hacer ninguna innovación inútil en los principios del gobierno establecido, habíamos voluntariamente adoptado ciertas disposiciones, de acuerdo con nuestro primer magistrado, con la mira formal de conservar este territorio, y acreditar nuestro afecto al gobierno que antes nos protegía.

»Este punto consagrado de nuestra parte por la buena fe, quedará como un testimonio honroso de la rectitud de nuestras intenciones y de nuestra inviolable fidelidad hacia nuestro rey y nuestra amada patria, en tanto que una sombra de autoridad legítima reinaba todavía sobre nosotros. No buscábamos sino un remedio pronto á los riesgos que parecían amenazar nuestras propiedades y nuestra existencia. Nuestro gobernador nos animaba á ello con promesas solemnes de cooperación y asistencia; pero ha procurado hacer de estas medidas que habíamos tomado para nuestra preservación, el instrumento de nuestra ruina, autorizando del modo más solemne la violación de las leyes establecidas y sancionadas por él mismo como leyes del país.

»Hallándonos, en fin, sin *ninguna* esperanza de protección de parte de la madre patria, engañados por un magistrado, cuya obligación era proveer á la seguridad del pueblo y del gobierno confiado á su cuidado, expuestos á todas las desgracias de un estado anárquico que todos nuestros esfuerzos se dirigen á cortar desde largo tiempo, se hace preciso y necesario que proveamos á nuestra propia seguridad como un estado independiente y libre, que queda disuelto del vínculo de fidelidad de un gobierno que no le protege. En consecuencia, nosotros los representantes del pueblo de este país, tomando por testigo de la rectitud de nuestras intenciones al Supremo regulador de todas las cosas, publicamos y declaramos solemnemente, que los diversos distritos de que consta la *Florida Occidental* forman un Estado independiente y libre, con derecho á establecer por sí mismos la forma de gobierno que juzguen conveniente á su seguridad y dicha: de concluir tratados, de proveer á la defensa común: y en fin, de celebrar cualesquiera actos que puedan de derecho hacerse por una nación libre é independiente; declarando al propio tiempo que desde esta época todos los actos ejecutados en la *Florida Occidental* por tribunal ó autoridades que no tengan poderes del pueblo conformes á las disposiciones establecidas por esta convención son nulos y de ningún efecto. Excitamos á todas las naciones extranjeras á que reconozcan nuestra independencia y á

Los signatarios de ese importante documento eran colonos á quienes la imprevisión del gobierno español había permitido establecerse en aquellas remotas y despobladas regiones. Y no sin razón el gobernador Salcedo al dar cuenta de este suceso al virey Venegas en 21 de noviembre siguiente, pidiendo auxilios para rechazar cualquier ataque de los sublevados colonos de Baton Rouge, decía lo siguiente: «Esta provincia (Texas) es la llave del reino, y es la más despoblada y exhausta de cuanto es necesario para su defensa y fomento, pudiendo ser la más rica y el antemural respetable de las ambiciosas miras de nuestros vecinos ¹.»

La campaña de 1811 iba á abrirse por las tropas realistas de conformidad con el plan proyectado por Calleja y que mereció la aprobación del virey, pues este alto funcionario no podía formar otro, ya por la distancia á que se hallaba del teatro de la guerra, ya, siendo quizás este el principal motivo, porque ignoraba la exacta situación geográfica del país, guiándose, cuando el caso se ofrecía, según afirma Bustamante, por el no muy exacto mapa que acababa de publicar en Europa el ilustre barón de Humboldt. El plan de Calleja, formado el 16 de diciembre en Leon, donde le dejamos después de su victoria sobre Guanajuato ², consistía en hacer converger todas las tropas realistas disponibles á Guadalajara, para destruir de un solo golpe á la revolución con sus principales caudillos. Tocaba á los ejércitos del mismo Calleja y de Cruz efectuar el movimiento principal, debiendo partir el primero de la intendencia de Guanajuato y el segundo de Valladolid, para reunirse el día 15 de enero en el puente de Calderón, según el itinerario de antemano fijado. Las tropas realistas del norte y occidente estaban destinadas á auxiliar el movimiento: Cordero, que Calleja creía dueño de Matehuala, debía avanzar unido con Ochoa hacia San Luis, restablecer el orden en esta ciudad, castigar los pueblos de Dolores, San Luis de la Paz y Xichú y situarse luego en un punto equidistante de San Miguel el Grande, Guanajuato y Querétaro. Bonavia, que se hallaba en Sombrerete, bajaría á Zacatecas y á Aguascalientes, y después de reducirlas al orden, había de colocarse en Leon y Silao. Y el intendente y gobernador de Sonora, don Alejo García Conde, entraría en la Nueva Galicia, por el noroeste,

que nos presten la asistencia que es compatible con las leyes y usos de las naciones.

»Nosotros, los representantes, nos obligamos solemnemente á nombre de nuestros comitentes, con nuestras vidas y haciendas á defender la presente declaración, hecha en junta en la villa Baton Rouge á veintiséis de setiembre de 1810. — Edmund Haws. — John Morgan. — Thomas Lilley. — John H. Thompson. — John Mills. — Wm. Spiller. — Philip Hickey. — Wm. Barrow. — John W. Leonard. — John Rhea, presidente de la Convención. — Por mandato de la misma, Andrés Steele, secretario. — *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 114.

¹ ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo II, pág. 97, edición de 1850.

² Capítulo X.

después de batir á los independientes que acaudillados por Mercado y González Hermosillo quisieran estorbarle el paso. «La experiencia me ha hecho conocer, decía Calleja al virey Venegas en el plan mencionado, que los pueblos por donde pasa el ejército, arreglando sus autoridades, exhortando á los eclesiásticos al cumplimiento de sus obligaciones, publicando el indulto, y castigando con el último suplicio uno, dos, tres ó los más revoltosos, se han mantenido fieles hasta el día, lisonjeándome de que así continuarán ¹.»

El plan del hábil brigadier español, como se ve, estaba perfectamente concebido; pero debiendo concurrir á su realización varios cuerpos de tropas, situados á enormes distancias unos de otros, no era posible que todos se moviesen con igual celeridad y que se hallasen



Iglesia parroquial de Lagos

con oportunidad en los puntos que respectivamente se les había señalado. Además, las derrotas sufridas por Cordero y Ochoa en el puerto del Carnero, próximo al Saltillo, dejaron abierta á los independientes toda la zona del Norte, y frustrada la combinación que Calleja hubo encomendado á aquellos jefes antes de que fuesen desbaratados por el bravo Jiménez. Verdad es que el virey Venegas, sabedor de los desastres de los realistas en el Norte, envió á Tampico con la misión de operar en Nuevo Santander, á una brigada con el coronel Arredondo á su cabeza, pero éste no salió de Veracruz hasta mediados del mes de marzo, época muy posterior á la señalada por Calleja para obrar sobre el grueso de los independientes en Nueva Galicia ².

¹ Véase el plan de campaña en la obra de Bustamante intitulada *Campañas de Calleja*, pág. 61.

² Alamán asienta inexactamente que las tropas confiadas á Arredondo concurrían á la ejecución del plan formado por Calleja para atacar á los independientes de Guadalajara. (*Historia de Méjico*, tomo II, pág. 111).

Antes que la noticia de la derrota sufrida por Cordero le enterase del desconcierto de su plan en esa parte, Calleja resolvió avanzar hacia Guadalajara para ejecutar el movimiento principal en combinación con el cuerpo ó ejército de reserva al mando del brigadier Cruz, que en aquellos días (últimos de diciembre) marchaba con dirección á Valladolid ¹. Detúvose en Leon algunos días para reparar las bajas causadas en su división por las enfermedades y las deserciones; pasó de allí á Lagos, é irritado porque había sido arrancado de los parajes públicos el edicto de la Inquisición contra Hidalgo, y porque el ejército no fué recibido con aplauso por los habitantes de ese lugar, escribió al virey: «No economizaré los castigos contra los que resultaren reos de tan grave delito; este es uno de los pueblos que merecería incendiarse por su obstinación ².» Esperó algunos días Calleja para dar tiempo á las demás divisiones combinadas de que se pusiesen en movimiento, pero no recibiendo noticia ninguna de la de Coahuila (destrozada ya por Jiménez), púsose en marcha para el punto en que debía unirse con el cuerpo de reserva, llegando á Tepatitlán el 15 de enero de 1811. Cruz, por su parte, dejando á Trujillo en Valladolid, salió de esta ciudad el 7 del mismo mes al frente de dos mil hombres, en su mayor parte de infantería, pues sólo llevaba doscientos cincuenta dragones de los regimientos de *España* y *Querétaro*; el 13 llegó á Tlasascalca, y al día siguiente salió de este lugar rumbo á Zamora.

Apresuraban, entretanto, los caudillos de la independencia sus aprestos defensivos en Guadalajara, presumiendo que pronto serían atacados. Recibieron en la noche del 25 de diciembre aviso del pueblo de San Pedro participando que el enemigo se acercaba; grande fué la alarma, y la ciudad se iluminó por mandato de Hidalgo para evitar en lo posible la confusión. Allende salió en persona para hacer un reconocimiento, volviendo á poco, después de cerciorarse de la inexactitud de la noticia que tanto sobresalto había causado. Pocos días más tarde, supose la marcha combinada de Cruz y de Calleja, y desde luego se trató de adoptar un plan de defensa.

Convocóse por el generalísimo una junta de guerra para decidir lo más conveniente. En ella propuso el jefe de la revolución que el grueso del ejército saliese al encuentro de Calleja, en tanto que Iriarte, al frente de la división de Zacatecas, se colocaría á la retaguardia de aquél para ponerlo entre dos fuegos, y que para impedir la unión de Cruz con Calleja, marchase contra el primero un cuerpo respetable para atacarle y derrotarle, ó cuando menos, para detener su marcha el mayor tiempo posible. Allende, siempre receloso del éxito de las batallas campales, sostenidas de parte de los

¹ Capítulo X.

² BUSTAMANTE. — *Cuadro Histórico*, tomo I, pág. 39, segunda edición. — ALAMÁN. — *Historia de Méjico*, tomo II, pág. 112.

independientes por masas numerosas, con poca ó ninguna disciplina y muy mal armadas, contra las brillantes tropas realistas, opinó en contra del parecer del generalísimo, proponiendo á su vez que se dejase entrar libremente á Calleja en Guadalajara, y que dividido el ejército independiente en seis ó más cuerpos, hostilizase al realista en varias direcciones, obligándole también á dividirse, ó bien marchar con el grueso á Zacatecas y unirse en la región del Norte con las victoriosas tropas de Jiménez. La junta, después de una larga discusión, adoptó el plan propuesto por Hidalgo: quizás tuvo presentes, al desechar el de Allende, la dificultad de mover con acierto diversos cuerpos de ejército, la probabilidad de que se desbandase subdividiéndole, la certidumbre de perder la numerosa artillería reunida á costa de tantos esfuerzos y dificultades, la falta de recursos si se entregaba al enemigo la rica Guadalajara, y el golpe moral que la revolución sufriría con el abandono voluntario de esta importante capital. En consecuencia de lo dispuesto, salió violentamente don Ruperto Mier con dos mil hombres ¹ y veintisiete cañones en dirección á Zamora para detener la marcha del ejército de reserva.

Mier, antiguo capitán del regimiento de Valladolid, á quien Hidalgo había ascendido á coronel, bien conocía lo poco que podía prometerse de los soldados que se pusieron á sus órdenes, y por esto escogió la posición de Urepetiro, cuatro leguas más allá de Zamora. El puerto de aquel nombre, ventajosamente situado para defender el camino real, fué, pues, ocupado por el jefe independiente á quien se unió el cura Macías, de la Piedad, al frente de un corto número de soldados. Sobre una de las eminencias que dominan la carretera situó una batería de diez y siete cañones, y en otra los diez restantes que debían cruzar sus fuegos con los primeros.

Apenas hubo salido Cruz de Tlasascalca recibió la noticia de que el enemigo, dueño del puerto de Urepetiro, estaba decidido á disputarle el paso. Sin detenerse dispuso el ataque, pero su vanguardia fué recibida por un vivo cañoneo que la hizo replegarse en desorden hasta el grueso de la división. Mier, aprovechando esta ventaja, mandó avanzar sus fuerzas por su izquierda y centro, y dispuso que una de sus baterías dirigiese todos sus fuegos sobre la de los realistas que compuesta de seis cañones se hallaba en la boca ó entrada del puerto. Al mismo tiempo, dice Cruz en su parte, «dejáronse ver masas considerables de insurgentes por la espalda de sus tropas, con la intención manifiesta de

cercarlas por completo.» En esta apurada situación, una vez más triunfo la disciplina sobre el número, y el armamento brillante de los soldados del rey sobre las improvisadas armas de sus contrarios. Cruz determinó atacar á un tiempo las diversas posiciones ocupadas por los independientes: formó una gruesa columna al mando del teniente de navío don Pedro Celestino Negrete para que se apoderara de las posiciones de la izquierda, y dió la dirección de la que había de atacar el centro al teniente coronel don Francisco Rodríguez. Para hacer frente á los que hostilizaban su retaguardia destinó el resto de la caballería y un batallón del regimiento provincial de Puebla á las órdenes del capitán de navío don Rosendo Porlier.

Todos los jefes que acabamos de nombrar cumplieron fielmente las órdenes que recibieron. Negrete atacó con brío por la izquierda, y aunque los independientes sostuvieron el asalto con valor, al fin se retiraron en desorden dejando por esta parte en poder del vencedor cinco cañones y una bandera. Rodríguez, á la cabeza de los dragones de *España* y de *Querétaro*, arrolló el cuerpo principal de los independientes, tomándoles veintidós piezas de artillería, y Porlier desbarató á los cuerpos enemigos que amenazaban la retaguardia. Después de hora y media de combate, Cruz se hizo dueño de las posiciones y de toda la artillería de los independientes, que se retiraron en desorden dejando quinientos muertos en el campo. Por parte de los realistas fueron las pérdidas considerables, aunque su número fué cuidadosamente ocultado por su jefe ¹.

Cumplióse, no obstante este desastre, el designio del generalísimo, pues el victorioso Cruz tuvo que detenerse en Zamora para reparar su artillería, bastante maltrecha en el combate que acababa de sostener, y aunque se dió prisa á continuar su marcha, y sin embargo de no haber tropezado con nuevas tropas contrarias que le disputasen el paso, otro obstáculo le esperaba al llegar al río Grande: una sola barca halló disponible para pasar á la ribera opuesta, lo que hizo lenta y penosa la traslación de su ejército y sus trenes, é imposible su reunión con Calleja en el día y el punto por éste señalados.

Al saberse en Guadalajara que Calleja se ponía en movimiento desde Lagos, dispúsose la salida de todo el ejército. Ésta se efectuó el 14 de enero, precisamente el día mismo en que Mier disputaba el paso á Cruz en las cercanías de Zamora. Las tropas de los independientes, en número de noventa y tres mil hombres, de

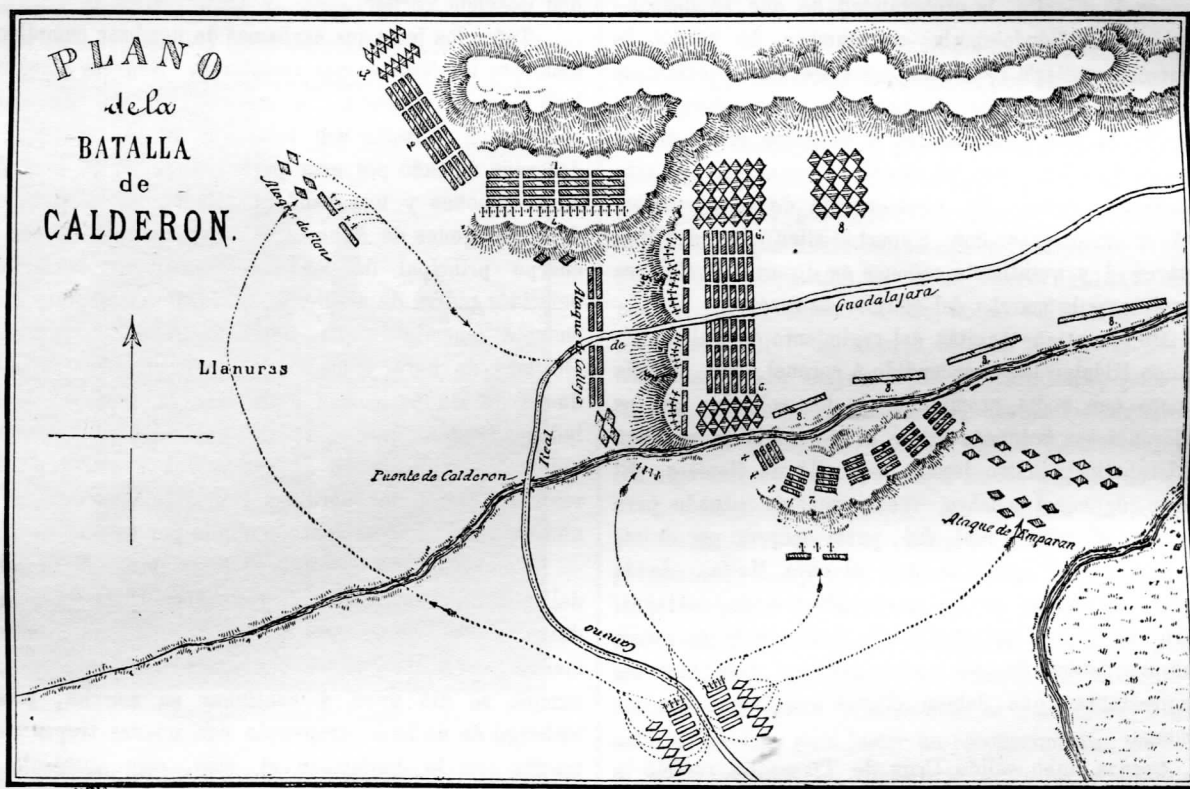
¹ Cruz en el parte que dirigió al virey dándole cuenta de la acción de Urepetiro dice que los independientes, según lo que pudo observar, serían diez ó doce mil hombres. Alamán, siguiendo la relación de Cruz, dice que los soldados de Mier eran doce mil. El doctor Mora asienta que fueron dos mil, número que hemos aceptado teniendo en cuenta las exageraciones é inexactitudes de que están plagados los partes oficiales de Cruz y de Calleja.

¹ Cruz dice en su parte que sus pérdidas consistieron en dos soldados muertos y uno herido. Tanto este jefe como Calleja ocultaban siempre las bajas que sus tropas sufrían en los combates. No es verosímil que después de un combate de hora y media y habiendo tomado las baterías á la bayoneta, el ejército real hubiese tenido bajas tan insignificantes. Alamán, que siguió en su *Historia* el parte de Cruz, creyó conveniente rebajar aún más la pérdida de los realistas en Urepetiro, y dice que ésta se redujo á un muerto y dos heridos. Véase *Cuadro Histórico* de Bustamante, carta décima, página 5, edición de 1826.

los cuales veinte mil eran de caballería, con noventa y cinco cañones ¹, fueron divididas en tres grandes cuerpos, yendo á la cabeza del primero Hidalgo y Allende, á la del segundo Abasolo, y Torres al mando de la retaguardia. En este orden avanzaron hasta las cercanías del puente de Guadalajara, acampando esa noche en las llanuras que se extienden en aquel lugar. Supo Hidalgo al día siguiente la derrota de Mier en el puerto de Urepetiro, y temeroso de que las fuerzas de Cruz se reuniesen al fin con las de Calleja, resolvió marchar desde luego contra este último, y ocupar antes que él las posiciones naturales que defienden el puente de Calderón; hizolo así, y el 16 de enero coronaba su

numeroso ejército las lomas que se alzan tras del puente y se extendía en la llanura por donde pasa el camino de Guadalajara. Refiere Bustamante que antes de salir para el puente de Calderón se reunieron en consejo los principales caudillos para discutir si sería ó no conveniente presentar la batalla; Allende contrarió una vez más el propósito de luchar con tropas tan disciplinadas como las que fuertes de ocho mil hombres con diez cañones avanzaban á las órdenes del experto Calleja; pero Hidalgo y los demás jefes, fiando en la gran fuerza numérica de su ejército, decidieron probar la suerte de las armas.

Calleja, por su parte, sin esperar á Cruz, ya porque



1, 2 y 3. Cuerpo de ejército á las órdenes de Torres. — 4. Gran batería de 67 cañones. — 5 y 5. Baterías de la izquierda. — 6 y 6. Cuerpo de ejército á las órdenes de Aldama. — 7. División de Gómez Portugal. — 8, 8, 8, 8 y 8. Infantería y caballería de reserva

no quisiese compartir con él los laureles que en breve se prometía alcanzar, ó ya para impedir — como dijo en su parte al virey — que Hidalgo aumentase más y más sus filas, resolvió también el ataque. Salió con ese propósito de Tepatitlán el 16 de enero, y en las últimas horas de la tarde llegó al paraje llamado *La Joya*, acampando en la falda de una colina situada á la izquierda de aquel lugar. Los dos ejércitos estaban á la vista:

¹ De esta numerosa artillería cuarenta y cuatro piezas habían sido conducidas de San Blas y las restantes fueron fundidas en Guadalajara. Los calibres de las piezas eran como sigue: 7 de $\frac{3}{4}$, 3 de á dos, 5 de á tres, 37 de á cuatro, 1 de á seis, 18 de á ocho, 14 de á doce, 1 de á diez y seis y 1 de á veinticuatro. (Las ocho que faltan fueron arrojadas á un barranco por los independientes al ser derrotados en Calderón). Véase el estado formado por el coronel Díaz de Ortega. (Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, pág. 368).

del otro lado del río se alzaba el campamento de los independientes y oíase hasta *La Joya* el zumbido de aquellas inmensas masas humanas como presagio de estruendosa batalla. El general español envió algunas fuerzas á explorar las posiciones enemigas, y esto fué motivo de un combate de avanzadas que duró hasta algo entrada la noche. De una y otra parte redobláronse las precauciones para prevenir una sorpresa.

Corre el río de Calderón entre el Grande ó de Tololotlán y el arroyo de las Amarillas: sobre él se alza el puente de su nombre, que se halla dominado á su frente y derecha, en el sentido de la dirección hacia Guadalajara, por dos prolongadas y ásperas lomas que forman entre sí los lados adyacentes de un rectángulo: el camino real pasa por el puente y luego tuerce hacia

el oriente entrando por una abra de las lomas de la derecha, y el río, aunque de escaso caudal, no es fácilmente vadeable por lo escarpado de sus riberas.

Sobre la loma situada al norte del puente colocaron los independientes una gran batería de sesenta y siete cañones, apoyada por otras menores establecidas en lo alto de las colinas que terminan en la orilla izquierda del río. Detrás de este semicírculo de bocas de fuego — en su mayor parte montadas en carretas á falta de cureñas — se formó en columnas cerradas la poca infantería regular y organizada; se estableció, además, una línea cuádruple de batalla al costado derecho de la gran batería formando con ella un ángulo saliente, y del otro lado del río se avanzó una división de infantería; los cuerpos de caballería mejor organizados se desplegaron en los flancos de las baterías y en el extremo de la derecha; los flecheros de Colotlán quedaron situados abajo de la artillería y protegidos por ella, y en el llano que se dilata tras las lomas de la izquierda se extendió la reserva, multitud desordenada, sin armas ni concierto, entre la cual se hallaban más de quince mil caballos. La batería principal y la división que la apoyaba fueron puestas á las órdenes de don José Antonio Torres; las de la izquierda á las de Aldama; la división que se situó del otro lado del río quedó confiada á Gómez Portugal; Abasolo tomó á sus órdenes inmediatas la caballería; Allende fué declarado jefe superior para dirigir la acción, é Hidalgo permaneció al frente de las reservas en el llano.

Tal era la posición del ejército independiente al amanecer del 17 de enero de 1811. Calleja, desde muy temprano, mandó al jefe de su artillería Díaz de Ortega hacer un nuevo reconocimiento de las baterías contrarias, y habiéndole dicho éste que la puntería era muy alta y no podía mejorarse, formó tres columnas de ataque: una de caballería á las órdenes del general don Miguel de Emparán, para que acometiese la extrema izquierda del enemigo procurando flanquearle y caer sobre las reservas; la otra, mixta de caballería é infantería con cuatro cañones, al mando del general conde de la Cadena, para que vadeando el río acometiese á la división independiente que apoyaba su costado en la derecha de la gran batería; y la tercera, toda de infantería con su jefe, el coronel Jalón, que debía atacar por el centro: el mismo Calleja se puso á la cabeza de la reserva para acudir adonde conviniese. La columna del conde de la Cadena, que llevaba instrucciones de contener la derecha de los independientes sin comprometer acción, vadeó el río y se formó frente á las divisiones de Torres, batiéndose con brío y siendo rechazada hasta por dos veces con pérdida considerable. Emparán, por su parte, había avanzado con su columna al galope hasta cerca de la margen derecha, pero allí fué recibido con un fuego espantoso que diezmaba á sus valientes dragones; el mismo Emparán, herido en la cabeza gravemente,

derribado del caballo que montaba y que fué muerto de una lanzada, hubo de retirarse del campo de batalla en tanto que el regimiento de *San Carlos*, con su coronel don Ramón Cevallos á la cabeza, huía en el mayor desorden hacia el primitivo campamento de *La Joya*.

La columna del centro con los seis cañones restantes, á cuyo frente se puso al fin el mismo Calleja y que atravesó el puente para atacar las posiciones de la izquierda de los independientes, había alcanzado en cambio grandes y rápidas ventajas: después de trasponer resueltamente el puente y de arrollar un grueso cuerpo avanzado que le salió al encuentro, se apoderó de una batería de siete cañones situada en el extremo izquierdo de las colinas. Hallándose entonces el general español en un punto dominante, pudo abarcar el conjunto de la batalla y distinguir el desastre de la columna de Emparán; al mismo tiempo el nutrido fuego que notó hacia su izquierda indicóle confusamente la situación difícil del conde de la Cadena.

La acción, pues, en aquellos momentos pudiera considerarse ganada por los independientes que triunfaban en ambas alas. La columna de Flon, rechazada por tercera vez de la gran batería, empeñaba brava pelea al pie de la loma en que aquella se hallaba colocada. Acudieron en su auxilio los tenientes coroneles Villamil y Castillo Bustamante y el comandante Díaz de Solórzano con el segundo batallón de granaderos, dos escuadrones del cuerpo de Frontera y dos piezas de artillería; pero no obstante este refuerzo poderoso, el conde de la Cadena se veía forzado á retroceder ante el fuego formidable de aquella posición erizada de cañones. Calleja comprendió desde luego la necesidad de restablecer el combate en su derecha, y envió al coronel Jalón con el primer batallón de granaderos á reforzar la columna de Emparán, que volvió á tomar la ofensiva y logró al fin rechazar los asaltos de Gómez Portugal. Para auxiliar á Flon, *que se sostenía con dificultad al frente de la gran batería y ejército del enemigo* — dice Calleja en su parte al virey — dispuso marchar personalmente; abandonó sus conquistadas posiciones, retiróse hasta el puente, y allí dió orden de que se concentrase su ala izquierda. Poco tardaron en llegar los primeros dispersos de la columna de Flon, y momentos después se agrupaba en el puente la mutilada división de este general en gran desorden, rendida de fatiga y desalentada por la invencible resistencia que había hallado en sus ataques contra la gran batería.

Seis horas hacía que se peleaba, y en aquel instante Calleja pudo creer que no tardaría en ser derrotado. Pero mientras mayor era el peligro, más entereza y valor debía desplegar el hábil general de los realistas. Arenga á las desmayadas tropas del conde de la Cadena infundiéndoles nuevo brío, y aviva en ellas el deseo de vengar sus repetidos desastres; ordena que los diez cañones del ejército se coloquen en batería, y que

se avance con ellos sin hacer fuego hasta estar á tiro de pistola del enemigo; manda formar en columna á los granaderos y al regimiento de la *Corona*; dispone que los maltrechos batallones de Flon apoyen su flanco izquierdo, y coloca en el opuesto lado á la división de caballería que en estos momentos desemboca rauda y sonora por el puente después de arrollar hacia el lado izquierdo del río á la división de Gómez Portugal. La artillería de los independientes, entretanto, disparaba sin cesar, lo que obligó á los realistas á responder al fuego con sus piezas á pesar de la orden en contrario dada por Calleja. Una granada cayó en un carro de municiones situado en medio de la división independiente formada tras la gran batería, y lo hizo volar con espantosa detonación que sembró el pánico entre aquellas inmensas masas agrupadas en la meseta de la loma.

Calleja observa el desconcierto que ha producido la terrible explosión en el campo enemigo y da la orden de avanzar: arrójanse las columnas al asalto; lánzase al galope la caballería; rueda la artillería empujada con ímpetu, y al llegar á tiro de pistola rompe vivísimo fuego sobre los independientes¹, quienes retroceden en desorden cayendo unos sobre otros, se atropellan rodando por las laderas de las lomas, inundan la llanura y arrastran á su paso á las reservas.

Una batería de cañones de grueso calibre situada en las lomas de la izquierda sostenía, sin embargo, un fuego porfiado contra los realistas vencedores en toda la línea. Allí se mantenían Allende, Aldama y Abasolo, con el noble propósito de dar tiempo á que los dispersos se pusiesen en salvo antes que la caballería marchase en su persecución². Esta batería fué al fin tomada por el coronel García Conde, pero cuando se había ya cumplido en parte el objeto de sus bravos y generosos defensores.

Eran las cuatro de la tarde, y el ejército realista, después de seis horas de combate en que varias veces estuvo á punto de ser completamente destrozado, acampaba vencedor sobre las posiciones de los independientes, apoderándose de ochenta y siete cañones, de varias banderas y de gran cantidad de armas, municiones y pertrechos. La caballería persiguió á los fugitivos; el viejo conde de la Cadena, despedido por las derrotas que había sufrido aquel día, se lanzó también en seguimiento de los dispersos; pero llevado por su arrojo demasiado lejos, se vió de repente rodeado de enemigos

y sucumbió luchando como bueno; y al día siguiente se encontró su cadáver lejos del campo de batalla y cubierto de heridas.

Fué la persecución activa y sangrienta, y aquel enorme ejército, cuyos jefes principales tomaron la dirección de Aguascalientes y Zacatecas, acuchillado sin piedad por la caballería, iba dejando tras sí un reguero de muertos. Tal fué la batalla de Calderón, que demostró una vez más la superioridad del orden y la disciplina respecto del número, «triste y tardío engaño», dice un historiador, pero muy útil á los que habían tomado por su cuenta la causa de la patria, que en lo sucesivo procuraron organizar sus fuerzas de otro modo y lograron prolongar la resistencia por diez años hasta el triunfo final que vino en 1821³. Considerable fué la pérdida de los independientes en esta memorable batalla, aunque no llegara á expresarse en ningún documento oficial el número de muertos y heridos que en ella tuvieron; la de los realistas, según las noticias más seguras, ascendió á quinientos de unos y otros², contándose entre los primeros el conde de la Cadena, como hemos dicho ya, y entre los segundos el general Emparán y el capitán don Gabriel Martínez, comandante del escuadrón de dragones de *España*. Unos y otros, independientes y realistas, pelearon ese día con igual bravura, y si al cabo la fortuna favoreció á los soldados veteranos, que de nada carecían y cuyo equipo y armamento eran brillantes, no fué sino á costa de inmensos esfuerzos, y más de una vez se vieron en peligro de ser destrozados³, como lo dijo el mismo Calleja al virey en un oficio reservado que le dirigió al día siguiente de la batalla. Proponía, además, el

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 136.

² Calleja dice en su parte (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 355) que la pérdida de su ejército en Calderón consistió en cuarenta y un muertos, setenta y un heridos y diez extraviados. Alamán acepta estos datos y con fingido candor dice en una nota que la relación nominal de los muertos y heridos de cada cuerpo se publicó en el parte de Calleja, en lo que no cabía ocultación. Nosotros, teniendo en cuenta la proverbial inexactitud de los documentos emanados del general español, hemos admitido la noticia de don J. M. L. Mora. (*México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 136).

³ En el parte reservado escrito en Zapotlanejo al día siguiente de la batalla, decía Calleja al virey Venegas lo siguiente: «En mis oficios de ayer y hoy doy cuenta á V. E. de la acción que sostuvieron las tropas de este ejército contra el de los insurgentes, y hago de ellas el elogio que merecen, atendido el feliz resultado de la acción, llevando por principio hacer formar á ellas mismas y á todo el ejército una idea tan alta de su valor y disciplina que no les quede esperanza á nuestros enemigos de lograr jamás ventajas sobre un ejército tan valiente y aguerrido: pero debiendo hablar á V. E. con la ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo menos de manifestarle que esas tropas se componen en lo general de gente bisoña, poco ó nada imbuída en los principios del honor y entusiasmo militar, y que sólo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo ha hecho en las acciones anteriores, confiada siempre en que era poco ó nada lo que arriesgaba; pero ahora que el enemigo con mayores fuerzas y más experiencia ha opuesto mayor resistencia, la he visto titubear y á muchos cuerpos emprender una fuga precipitada, que habría comprometido el honor de las armas si no hubiera yo ocurrido con tanta prontitud al paraje en que se había introducido el desaliento y el desorden...» (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 338.)

¹ Refiriendo Calleja en su parte el asalto que efectuaron sus tropas, dice que los insurgentes *opusieron resistencia hasta el término de que las tres armas llegaron á un tiempo y la artillería misma á tiro de pistola*. (Véase dicho parte en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 358).

² J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 135. Alamán, por el contrario, y siguiendo el parte de Calleja al pie de la letra, dice que los generales, como en todas las ocasiones semejantes, fueron los primeros en ponerse en salvo, debiendo tenerse en cuenta que tanto el general español como el escritor que acabamos de citar mencionan la brava resistencia que opuso la batería de la izquierda.

brigadier español que se concediese á sus soldados un distintivo honorífico por las acciones en que habían combatido ¹, y en esta ocasión se expresaba Calleja en los siguientes términos: «Este vasto reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila: sus naturales y aun los mismos europeos están convencidos de las ventajas que les resultarían de un *gobierno independiente*; y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido muy poca oposición.

»Nadie ignora que la falta de numerario la ocasiona la península: que la escasez y alto precio de los efectos es un resultado preciso de especulaciones mercantiles que pasan por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto se escasean en la colonia, se prodigan en la metrópoli.

»En este estado, si no se acude prontamente al remedio, puede no tenerse; y contrayéndome al ejército, me parece de absoluta necesidad que por ahora se le distinga con un escudo que en su orla exprese sucintamente las tres acciones que han libertado la América, exceptuando únicamente de esta gracia al jefe, oficial ó soldado que notoriamente se haya conducido mal, y colocándole al lado izquierdo del pecho...

»Es menester acudir al remedio, y sofocar las quejas en su origen; y ya que haya dificultad en acordar premios y recompensas efectivas y útiles, no la haya á lo menos en conceder distinciones de *pura imaginación*. Un laurel en la antigua Roma la produjo más victorias que hojas pendían de sus ramas. El ejército es *el único apoyo con que contamos*, y él es únicamente el que nos ha de salvar: *los pueblos no entran sino por la fuerza en sus deberes* ².

Calleja se mantuvo sobre el campo de batalla hasta el 20 de enero en que ocupó el pueblo de San Pedro inmediato á Guadalajara, donde se le presentaron los ministros de la Audiencia, el ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, los prelados de las religiones y los doctores de la Universidad protestando su fidelidad acendrada al gobierno vireinal, los unos por lisonjear al vencedor del momento, y los otros por tener realmente vinculados sus intereses con los de la dominación española. No se engañó, empero, el suspicaz Calleja con aquellas ardien-

tes demostraciones de adhesión, y aunque á todos contestó con templanza, escribía ese mismo día á Venegas: «Aquí se me han presentado, después del medio día que llegué, los miembros de las corporaciones civiles y eclesiásticas con señales del más vivo reconocimiento al ejército que los ha libertado de la opresión en que vivían y del amor y fidelidad á su legítimo gobierno. He hecho entender á todos, en nombre de V. E., sus benéficas miras, y aunque *no estoy seguro de la sinceridad* de las expresiones de todos, he creído necesario usar del lenguaje de la benignidad para inspirar confianza ¹.»

Al día siguiente hizo su entrada en Guadalajara dirigiéndose desde luego á la catedral, donde se cantó el *Te-Deum* acostumbrado. Tres horas después llegó al frente de sus tropas el brigadier don José de la Cruz, quien, después del combate de Urepetiro, forzó sus marchas para unirse al ejército del centro sin haberlo logrado antes de la batalla de Calderón. No obstante ser Calleja menos antiguo que Cruz en el grado de brigadier, quedó con el mando en jefe de los dos cuerpos de ejército, acordándose luego que mientras el primero permanecía en Guadalajara arreglando el gobierno de la provincia, el segundo marcharía en breve sobre San Blas á fin de arrancarle del poder de los independientes.

Respiraron tranquilos con la llegada de los realistas los españoles que se habían ocultado durante los últimos días de la ocupación de Guadalajara por Hidalgo, temerosos, y con razón, de sufrir la misma suerte de sus compatriotas asesinados tan injustamente por orden del jefe de la revolución. Presentóse á Calleja el antiguo gobernador de Zacatecas don Francisco Rendón y fué nombrado intendente del ejército del centro. Hizo lo mismo el brigadier don Roque Abarca, quien había entrado en relaciones amistosas con Hidalgo, si bien rehusó tenazmente el empleo de capitán general que éste le ofreció con alguna insistencia ²; pero pesaban sobre el antiguo intendente los cargos de debilidad y vacilación, de que tantas pruebas tenía dadas cuando fué invadida por los independientes la provincia de Nueva Galicia, y aunque no se accedió á su pretensión de ser sometido á un consejo de guerra, tampoco se le repuso en su empleo, y algún tiempo después murió en Panamá en viaje para España ³.

Dedicóse con ardor el general realista á organizar el gobierno dictando diversas providencias en todos los ramos de la administración pública. Ante todo, dirigió á sus soldados una proclama felicitándoles por el notable

¹ El gobierno vireinal concedió poco después á los individuos del ejército del centro un escudo por premio de su valor en Aculco, Guanajuato y Calderón. Fernando VII agració á Calleja, cuando éste volvió á España, con el título de *conde de Calderón*.

² Véase parte reservado de Calleja en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, pág. 340. Bustamante observa juiciosamente con este motivo (*Campañas de Calleja*, página 89) que estas confesiones de Calleja prueban: que los mexicanos adquirieron en brevísimo tiempo los conocimientos necesarios en la milicia para llegar á ser pronto superiores á sus enemigos; que el transporte de tantos cañones desde cien leguas más allá del campo de Calderón por voladeros intransitables, será siempre un esfuerzo de patriotismo digno del mayor elogio; que Calleja estaba convencido de la *necesidad de la independencia de México*, quien, no obstante esta convicción, continuó haciendo una guerra á muerte á los que defendían la causa de la emancipación.

¹ BUSTAMANTE.—*Campañas de Calleja*, pág. 95.—ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo II, pág. 136, edición de 1850.

BUSTAMANTE.—*Campañas de Calleja*, pág. 101: carta de Abarca dirigida á Calleja. Alamán afirma que Abarca nunca salió del lugar en que se había escondido ni vió á Hidalgo; pero la afirmación de este historiador no está apoyada por ningún documento.

³ ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo II, pág. 138, edición de 1850.

triunfo que habían alcanzado en Calderón, y en la cual los exhortaba á evitar todo vicio ó acción indecorosa que de algún modo pudiese empañar su gloria. También se dirigió á los habitantes de Nueva Galicia amenazando con la pena de muerte á los que fuesen aprehendidos con las armas en la mano, y con el incendio y exterminio á los lugares cuyos moradores, después de haberse indultado, volvieran á tomar partido por la revolución ¹. Restableció en sus puestos á los miembros de la Audiencia, no sin hacer prolijas indagaciones acerca de la conducta del regente de esa corporación don Antonio Villaurrutia, que había sido visitado por Hidalgo, y de la del oidor Salinas por haber firmado en unión de los principales caudillos el poder conferido á don Pascasio Ortiz de Letona. Formó una *junta de seguridad*, presidida por el doctor Velasco de la Vara, dándole facultades amplísimas para juzgar las causas de *infidencia*, que éste fué el nombre que se dió á la acción de combatir el dominio de España en México; creó otra junta, llamada *de caridad y requisición de bienes de europeos*, para recoger los pertenecientes á éstos y auxiliar á las familias de los que fueron asesinados en los postreros días de la dominación de Hidalgo, y en memoria de estos últimos dispuso unas solemnes exequias en la catedral, siendo el orador nombrado para esta ceremonia fray Diego Bringas, que no se apartaba de Calleja y que en esta vez más que oración panegírica pronunció una vigorosa invectiva contra la revolución de independencia.

En tanto que Calleja se ocupaba en estos negocios de administración, la Audiencia y el cabildo eclesiástico se apresuraban á dirigir al virey las más ardientes felicitaciones por el triunfo alcanzado en Calderón y repovaban á ese alto funcionario sus protestas de adhesión; la segunda de estas corporaciones decía que, *abandonada por el obispo y obligada por la ley de una fuerza irresistible*, los miembros que la formaban *llegaron á la degradación y abatimiento en que las circunstancias los pusieron* y que sin libertad ni voz para quejarse se condujeron como aquéllas lo exigían. A ambas manifestaciones contestó el virey con sequedad y con cierta reticencia que demostraba el disgusto que le habían producido ciertas demostraciones hechas por los dos cuerpos al jefe de la independencia. Alzó también su voz la Universidad informando á Venegas que durante el tiempo en que Hidalgo ocupó Guadalajara no hizo manifestación ninguna á favor de éste, y que para probar los sentimientos que animaban los doctores de su claustro se había colectado entre ellos la suma de *mil quinientos diez pesos* para ofrecerla como donativo al ejército de Calleja. Esta corporación, en efecto, no tenía que hacerse perdonar ninguna contemporización con la causa de la independencia, y eso

hubiera debido tener presente para no agotar toda la bajeza de la adulación ¹.

El 26 de enero se puso en movimiento una división al mando del brigadier don José de la Cruz hacia el rumbo de Tepic y San Blas ² en busca del cura Mercado que se sostenía en la región occidental de Nueva Galicia. Hemos dejado á este distinguido patriota dueño de esa última plaza desde la que envió al generalísimo Hidalgo la mayor parte de la artillería perdida en la batalla de Calderón. Grande fué la actividad desplegada por él después de haber entrado en San Blas: atendió á propagar la revolución en la vasta zona del poniente de Jalisco, arregló la administración pública en el territorio conquistado, envió artillería, municiones y pertrechos al ejército de Guadalajara y dedicó á otros muchos asuntos su incansable actividad y todas las fuerzas de su ardiente patriotismo ³. El 13 de diciembre logró apresar la fragata *Princesa* que procedente de la Nueva California llegó á San Blas, sin saber su comandante, don Gaspar de Maguna, el cambio que se había efectuado en ese puerto, cuyo hecho unido á sus anteriores y relevantes servicios valió á Mercado el nombramiento de brigadier.

Resuelto á unir sus fuerzas con las del ejército grande independiente, salió de San Blas y llegó á Tepic el 23 de diciembre donde fueron aprehendidos algunos españoles que entregados á don Juan José Zea recibieron á poco la muerte por órdenes que al efecto comunicó Hidalgo á este último jefe. Siguió Mercado su marcha para Guadalajara, saliendo de Tepic á principios de

¹ Véanse las manifestaciones mencionadas y las respuestas del virey en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, págs. 347, 348 y 353.

² La marcha de Cruz á Tepic y San Blas fué sangrienta y cruel. Estableció un Consejo de guerra permanente que le acompañaba desde su devastadora expedición á Huichapam y que pronunciaba sentencias de muerte con una facilidad aterradora. (Véase el extracto de noventa y seis sentencias certificado por don Luis Crespo, Fiscal de dicho Consejo de guerra, y que se halla en el *Archivo general de la Nación*, tomo VII del ramo de *infidencias*). En ese extracto escogemos lo siguiente: Antonio Mesa, de la hacienda de Rancho Viejo, porque cuidaba la caballada de los rebeldes ganando dos reales diarios, *sentenciado á muerte*; Rafael Rivas, por haber servido cinco días á los rebeldes ganando en cada uno dos reales, *sentenciado á muerte*; Casimiro Ignacio, indio de Nopala, por haber contestado *¡Allende!* al tiempo de darle el *¿quién vive?* *cincuenta azotes y diez años de presidio*; Dionisio García, de la hacienda de Santa Rosa, por haber dicho, *viva Allende y muera Calleja, cuatro carreras de baqueta y diez años de presidio*; Agustín Mónico, de San Miguel el Grande, por haber dicho que Allende no era enemigo, que sus operaciones eran justas y que se iban á cumplir las profecías de santa Teresa, *sentenciado á muerte*; Francisco Núñez, de Querétaro, por sospechoso, *dos años de obras públicas*; José Bernabé Delgadillo, de Guadalajara, *por haberse huido de esa ciudad porque le dijeron que el ejército de Calleja venía matando toda especie de gentes, veinticinco azotes y cuatro años de presidio fuera del reino*; Pedro Zenón Nolasco, de Ameca, por haber servido veinte días de cocinero al Padre Mercado, *dos años de obras públicas*. El historiador Alamán no refiere una sola de las innumerables atrocidades cometidas por Cruz, y por el contrario, elogia repetidas veces su acierto y sus dotes administrativas. (Páginas 145 y 251 del tomo II de su *Historia*). Cruz es el héroe de Alamán, quizás por haber sido el más sanguinario y cruel de los jefes realistas.

³ Véase el parte de Mercado á Hidalgo fechado el 8 de diciembre de 1810. (*Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo I, pág. 273). En la misma *Colección* (tomo I, pág. 358) véase el parte relativo á la captura de la fragata *Princesa*.

¹ Véanse las dos proclamas en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, págs. 345 y 349.

enero de 1811; supo en el camino el desastre del puente de Calderón, y lleno de amargura por esta nueva fatal volvió sobre sus pasos y entró nuevamente en San Blas dejando á Zea con algunas tropas y catorce cañones en la barranca de Maninalco, cercana al lugar denominado el Taray, con instrucciones de estorbar la marcha de los soldados del rey.

Cruz llegó el 31 de enero frente á las posiciones defendidas por Zea, y en el acto dispuso que el teniente de navío don Bernardo de Salas al frente del batallón provincial de Puebla atacara al enemigo, que fué desalojado de las alturas en que se hallaba perdiendo ocho cañones y retirándose rumbo á Tepic con los seis restantes. En ese mismo día, el cura de San Blas, don Ni-



colás Santos Verdín, convocó á varios vecinos y soldados de esa villa que había logrado comprar para aprehender á Mercado, á los principales jefes que le obedecían y á las compañías de indios que formaban parte de la guarnición. Al toque de una campana, entre ocho y nueve de la noche, reuniéronse los conjurados y se echaron sobre los cuarteles y la contaduría, donde se hallaban Mercado, don Joaquín Romero, comandante militar de la plaza, y don Esteban Matemala, jefe de la artillería; en este local trabóse una lucha furiosa, pues

los valientes Romero y Matemala con un solo soldado hicieron una denodada resistencia, matando á dos de los conjurados é hiriendo á varios. Mercado, entretanto, salió de la contaduría y se arrojó á un barranco contiguo á esa casa muriendo de la caída. Romero, Matemala y el leal soldado que les acompañó sucumbieron al fin peleando contra sus numerosos aprehensores; muchos indios cayeron en poder de los conjurados, así como don José Mercado, padre del cura, don José Antonio Pérez, los coroneles don José Manuel Gómez y don Pablo

Covarrubias, don Pedro del Castillo y varios eclesiásticos ¹.

Al día siguiente, 1.º de febrero, se encontró el cadáver del ilustre Mercado, cura de Ahualulco, en el fondo del voladero por donde intentó huir la noche anterior. «Tan luego como el cura Verdín, dice un distinguido escritor ², se apoderó de aquel sangriento y venerable cuerpo, mandó azotarlo públicamente para poder darle sepultura. Así cebaba su furor aquel monstruo de crueldad en un cuerpo muerto que había sido animado por un espíritu elevado y firme. Todos los hombres en todos los tiempos han respetado los restos de sus enemigos, y hasta el pueblo romano, que tenía su *Roca Tarpeya*, consideró siempre como religioso el sepulcro de un hombre que pudiera santificar hasta el sitio donde fuera sepultado; pero el cura Verdín consideró que aquel cuerpo necesitaba de la flagelación para ser purificado. Este hecho no lo refiere Alamán, cuando á haberlo cometido un independiente lo hubiera calificado de atentado imperdonable.»

La noticia de los sucesos de San Blas produjo grande entusiasmo en los realistas de Tepic. Enardecidos por un sermón que el 2 de febrero predicó el cura Vélez, resolvieron armarse y atajar el paso á Zea y los suyos que se retiraban después de la derrota que sufrieron en la barranca de Maninalco: hiciéronlo así, logrando desbaratar á ese jefe independiente, apresarle y tomar los seis cañones que conducía. Cruz tuvo conocimiento el 3 de febrero de lo acontecido en Tepic, y ordenó al oficial de marina don Bernardo de Salas que al frente del batallón de Puebla y de cien dragones marchase violentamente para San Blas, mientras él con el grueso de su división avanzaba hacia Tepic, donde llegó el día 8, siendo recibido con grandes demostraciones de júbilo: las calles estaban primorosamente adornadas, muchas señoras salieron á su encuentro llevando el retrato de Fernando VII, y se le dieron bailes y festines en los que resonaron las desentonadas liras realistas. El jefe de la división dirigió una proclama á los habitantes; dábales las gracias en nombre del virey por el entusiasmo con que se aprestaron á atacar y vencer á los independientes que se retiraron de la barranca de Maninalco, manifestábase su satisfacción por el recibimiento que le habían hecho y exhortaba á los que aun permanecían en las filas de los insurgentes á usar del indulto que mandó publicar el mismo día de su llegada. Nombró comandante de las armas á don Francisco Valdés, administrador de rentas á don Agustín Rivas y de salinas al hijo de éste, don José; proveyó á la guarnición de fusiles y municiones, y dejó, á ruego de los habitantes, cinco cañones de los

últimamente tomados en la barranca á los independientes; sentenció á muerte á don Juan José Zea y á varios de los jefes que fueron aprehendidos, los que perecieron ahorcados ¹, y después de emplear tres días en dictar estas disposiciones salió para San Blas el 12 y fué recibido por los realistas de la villa con el mismo entusiasmo que en Tepic.

El oficial de marina don Bernardo de Salas, que le había precedido por su orden, redujo á prisión á Lavayén y Bocalán por la capitulación que firmaron el 1.º de diciembre ², y ambos fueron enviados á México, donde se les sujetó á un consejo de guerra que los absolvió algunos meses después. Cruz dirigió una proclama á los habitantes de San Blas, en la que les daba las gracias en nombre del rey y los exhortaba á *devolver varios efectos y alhajas pertenecientes al gobierno y á particulares que se extraviaron en la noche del levantamiento dirigido por el cura Verdín* ³. Organizó la administración pública, premió á las familias de los que perecieron en el acto de aprehender á Romero y Matemala; mandó ahorcar al anciano don José Mercado, padre del benemérito cura, y llevando presos á varios presbíteros, frailes y cabecillas que no pudieron ser sentenciados, dice en su parte á Venegas, salió de San Blas el 14 de febrero y llegó á Guadalajara en los últimos días del mismo mes, entrando á ejercer desde luego las funciones de comandante general de Nueva Galicia y de Zacatecas y presidente de la real Audiencia de Guadalajara, cargos con que plugo á Venegas agraciarse para suscitar un émulo al orgulloso Calleja ⁴.

¹ Parte de Cruz á Venegas (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, pág. 414). «El cadáver del infortunado Zea estuvo colgado durante seis meses en la salida para Guadalajara», dice el señor Pérez Verdía en sus *Apuntes biográficos* del cura Mercado. Guadalajara, 1876.

² Véase el final del capítulo X.

³ Proclama de Cruz á los habitantes de San Blas:

«D. José de la Cruz, brigadier de los reales ejércitos, sub-inspector y comandante de la primera brigada de este reino, y comandante general del ejército de reserva:

«Habitantes de la fiel y leal villa de San Blas. Vuestra noble conducta en las actuales últimas circunstancias acredita de un modo indudable que sois fieles á nuestro rey y al legítimo gobierno que en su nombre le representa. Vuestros servicios serán atendidos; vuestras personas consideradas en todo tiempo y la posteridad, reconocida á vuestro heroico valor, mirará con entusiasmo los descendientes de los vecinos de San Blas. Recibid las gracias en nombre de nuestro rey el señor don Fernando VII y contad siempre con el auxilio del ejército que tengo el honor de mandar, si, lo que no es ya presumible, lo necesitaseis en alguna ocasión.

«Pero al mismo tiempo que hago justicia á vuestro mérito, y que espero lo continuéis siempre con fidelidad, me veo forzado á aconsejaros no oscurciséis vuestros servicios, ocultando á todos aquellos que en la noche memorable que sellasteis con vuestra sangre vuestro patriotismo y amor á la justa causa, tuvieron la poca delicadeza de apoderarse entre lo cogido á los rebeldes de sus robos, de varios efectos y alhajas correspondientes al rey las unas, y á las infelices viudas y desdichados hijos de los europeos degollados las otras.

«Devuelvan secretamente todo lo extraído al señor cura de esta villa, pues no quiero conocer á nadie, y no dé lugar ningún individuo de este suelo á procedimientos judiciales que le confundan en el oprobio: pues hay ya algunas noticias exactas de lo ejecutado en aquella noche.—San Blas, 13 de febrero de 1811.—José de la Cruz.»

(*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, pág. 413).

⁴ Uno de los primeros actos de Cruz en su nueva calidad de

¹ Parte del cura Verdín al brigadier don José de la Cruz. (*Gaceta extraordinaria* de 12 de febrero de 1811).

² Don Luis Pérez Verdía, autor de la *Biografía de don José M. Mercado*, publicada en Guadalajara en 1876.

Domada y rendida la Nueva Galicia, otros triunfos de los realistas en la intendencia de Sonora abastieron entonces la causa de la revolución en el Occidente. González Hermosillo (á quien hemos visto al principio de este capítulo vencedor en el Rosario hacia mediados de diciembre) avanzó á fines de enero de 1811¹ rumbo al pueblo de San Ignacio de Piaxtla, donde se había hecho fuerte el coronel Villaescusa, no obstante su protesta solemne de no hacer armas en lo sucesivo contra los independientes. Las tropas de González Hermosillo, á las que se pasó revista en Cacalotán, ascendían á poco más de cuatro mil infantes, seiscientos caballos y seis cañones, con novecientos fusiles los primeros y cuatrocientas pistolas los de caballería. En las últimas horas del 7 de febrero estaban á la vista del pueblo de San Ignacio, del que los separaba el río Piaxtla, y durante la noche se apercibieron al ataque creyendo que la fuerza que obedecía á Villaescusa no pasaba de cuatrocientos hombres. Era, en efecto, ese el número de los realistas, pero en ese mismo día llegaba á Elota, distante diez leguas de San Ignacio, el brigadier don Alejo García Conde al frente de una sección respetable, que sacó de Arispe en cumplimiento del plan de campaña formado por Calleja, y sabedor del conflicto en que se hallaba Villaescusa marchó violentamente con cuatrocientos hombres, en su mayor parte indios *ópatas* de Sonora, y sin ser sentido de Hermosillo logró entrar en San Ignacio en la madrugada del 8 de febrero. Poco después, los independientes, formados en tres columnas, avanzaron hacia el pueblo con intento de embestir por otros tantos puntos; la artillería de los realistas, situada en una eminencia á la espalda del lugar, contuvo con sus disparos las columnas del centro y de la derecha, pero la de la izquierda, con dos cañones que llevaba á su cabeza, logró llegar á las primeras casas del pueblo, siendo entonces vigorosamente atacada por las tropas de García Conde ocultas entre los zarzales de uno y otro lado del camino. Retrocedieron los independientes en desorden; siguiéronles de cerca los capitanes realistas Urrea, Loredó y Arvisu; la retirada se convirtió en fuga y en completa derrota, dejando González Hermosillo sobre el campo quinientos muertos, mayor número de heridos y una gran cantidad de municiones, pertrechos y bagajes².

Antes de la batalla los realistas cometieron un acto de atroz perfidia, que mereció, sin embargo, los elogios del deshonorado Villaescusa al consignarlo en el diario

comandante general de Nueva Galicia fué la publicación de un bando (Guadalajara, 23 de febrero de 1811) en el que imponía pena de muerte para varias infracciones de lo que en el mismo bando prescribía. (Véase *Apéndice* documento n.º 7. — Bando de Cruz)

¹ La relación del padre Parra, y Bustamante al copiarla, asientan que la marcha de González Hermosillo sobre San Ignacio se efectuó á fines de diciembre de 1810, no siendo sino en los últimos días de enero de 1811. (Véase la corrección que hace Alamán en el tomo II de su *Historia*, pág. 62 del *Apéndice* al mismo tomo).

² Véase el pormenor de esta acción en la *Gaceta de México* correspondiente al 14 de diciembre de 1811.

de sus operaciones militares, como si fuera lícito y digno de aplauso: «En medio de las provocaciones de un partido á otro, separados sólo por el río Piaxtla, los insurgentes invitaban á los soldados realistas á pasarse á ellos. Con este motivo, el teniente Hernández, de la compañía de Mazatlán, que era uno de los principales jefes de los insurgentes, se acercó al campo de los realistas, del cual salió á hablar con él el soldado Manuel Ramírez fingiendo ser el jefe de los *ópatas* y propuso á Hernández que dejase las armas y que él haría lo mismo: abrazólo entonces haciéndole muchas protestas de que en la noche se pasaría con toda la gente de su nación, mientras, teniéndole tomadas las manos, llegó otro soldado llamado Francisco Montaña, que estaba de acuerdo con Ramírez, y asesinó á Hernández, sin que éste pudiera hacer defensa alguna¹.»

La acción de Piaxtla devolvió á los realistas las poblaciones de Copala, Maloya, Mazatlán y el Rosario; libre quedó de independientes Sinaloa, y no sin razón pudo afirmar el intendente García Conde que Sonora (de la que Sinaloa formaba entonces parte) había vuelto por completo á la obediencia del rey. Muchos de los soldados de González Hermosillo se presentaron solicitando indulto, y entre ellos don José Antonio López, á quien Hidalgo había nombrado segundo de aquel jefe.

Tiempo es ya de que sigamos á los principales caudillos de la independencia derrotados en la batalla de Calderón. Perseguidos por la caballería de los realistas, abandonados por sus numerosas masas de soldados que se dispersaron en todas direcciones, lograron, sin embargo, escapar ilesos y llegar á Aguascalientes. Don Ignacio López Rayón, que había ejercido en Guadalajara las funciones de *secretario de Estado y del Despacho*, pudo salvar en el mismo campo de batalla y con grave riesgo de su vida trescientos mil pesos que entregó en aquella ciudad á la tesorería del ejército. En Aguascalientes se hallaba Iriarte con una división de dos mil hombres y los caudales que había sacado de San Luis, los que unidos á la cantidad en metálico salvada por Rayón ascendieron á quinientos mil pesos. Este ilustre mexicano, sin mando militar ninguno, reunió algunos centenares de dispersos que aumentaron la división de Iriarte, formando así un núcleo de ejército con el que marcharon todos los jefes á Zacatecas, donde se hallaban numerosa artillería y elementos considerables de reorganización.

Hidalgo é Iriarte, que habían salido los primeros de Aguascalientes, fueron alcanzados en la *hacienda* del Pabellón por Allende y los otros jefes, que tenían adoptada una resolución extrema para arrancar á Hidalgo el mando supremo. La pérdida de la batalla de Calderón había enardecido los ánimos y achacaban á la impericia del cura los repetidos desastres sufridos por las armas independientes. Allende, Arias, Casas, Arroyo

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, *Apéndice* al tomo II, pág. 64.

y algunos otros oficiales superiores le amenazaron con la muerte si no renunciaba el cargo y atribuciones de *generalísimo*, lo cual hizo Hidalgo verbalmente y sin ninguna formalidad. Desde entonces siguió incorporado al ejército sin carácter determinado, intervención ni manejo, observado por los jefes que le habían despojado del mando, y aun llegó á entender que se dió orden de que le matasen si se separaba del ejército y lo mismo á Abasolo y á Iriarte ¹.

Allende, dueño del empleo de *generalísimo* á consecuencia del suceso que acabamos de referir, entró en Zacatecas seguido de las reliquias del numeroso ejército de los independientes. Grande era el desaliento que de todos se había apoderado; el desorden y la indisciplina eran cada día más patentes, y Zacatecas, demasiado próxima al ejército de Calleja, no era el lugar más á propósito para intentar la resistencia. Considerado todo esto por el nuevo jefe supremo, resolvió internarse en las provincias del Norte, de las que Coahuila, Texas y una parte del Nuevo Santander se hallaban pronunciadas por la independencia, conservándose en la primera de éstas la división que Jiménez había formado y aguerrido en felices combates.

Salió, pues, de Zacatecas á principios de febrero de 1811 el pequeño ejército con dirección al Saltillo, y sus diversas divisiones marcharon por Salinas, el Venado, Charcas y Matehuala. En este punto quedaron los equipajes, caudales y municiones, y con ellos Hidalgo, en tanto que Allende avanzó violentamente hacia el Saltillo para auxiliar al teniente general Jiménez, á quien creía amagado por el jefe realista Melgares. Pero lejos de necesitar refuerzos, aquel valiente había avanzado hasta el puerto del Carnero para facilitar su unión con el grueso del ejército ². Reunidos entraron Allende y Jiménez en el Saltillo, adonde Hidalgo llegó algunos días después ³.

¹ Declaración de Hidalgo. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, pág. 8).

² Relación inédita de fray Gregorio de la Concepción.

³ Durante la marcha de los jefes independientes desde Zacatecas al Saltillo dos españoles fueron asesinados por el insurgente Marroquín en el rancho de Huachichil. El historiador Alamán, que casi siempre consigna sin ningún comentario las atroces matanzas ordenadas por Calleja, Cruz, Flon y otros jefes realistas, escribe varias páginas de su obra con motivo de esos asesinatos, procurando hacer caer toda la responsabilidad de ellos sobre Hidalgo é insistiendo en el cargo que en el lugar respectivo de su *Historia* hizo á Allende de haber sido el autor de los asesinatos de los españoles presos en Granaditas el día en que Calleja atacó á Guanajuato. La posición, como siempre, guía á este escritor en el caso presente, pues de las declaraciones de Marroquín y de don Mariano Hidalgo (hermano del cura) se deduce sin esfuerzo que el autor de esos dos asesinatos fué el mismo Marroquín. Hidalgo, que confesó con entereza haber ordenado la matanza de españoles en Valladolid y Guadalajara, negó haber autorizado las demás que se efectuaron después de su salida de esta última ciudad. Respecto del cargo que hace á Allende el citado autor, demuestra más que pasión la más torpe mala fe, pues aparte de que las matanzas de Granaditas se cometieron dos horas después de haber salido Allende de Guanajuato, el mismo Alamán refiere en el lugar respectivo de su *Historia* la resistencia que la guardia de Granaditas (puesta allí por los jefes independientes) opuso á la plebe que al fin logró entrar en el edificio y perpetró execrables asesinatos.

Los triunfos alcanzados por las armas del rey en Calderón y Urepetiro, en San Blas y San Ignacio y la huída de los principales caudillos hasta la remota provincia de Coahuila, fueron sucesivamente celebrados en México con extraordinario regocijo: hubo novenarios de acciones de gracias en casi todos los templos, especialmente en los pertenecientes á conventos de monjas, y para festejar dignamente la primera de aquellas victorias se dispuso una procesión solemnísimá, compitiendo para darle mayor lustre el arzobispo y cabildo eclesiástico y el virey Venegas, pues se tenía gran cuidado de inculcar en el ánimo del pueblo la creencia de que los triunfos de las tropas realistas eran debidos á la especial protección que el cielo acordaba á la causa de la dominación española contra los herejes insurgentes.

Tan repetidas ventajas hicieron creer á Venegas que la revolución estaba espirante y que era llegada la hora de proponer á sus caudillos la amnistía que las Cortes españolas habían decretado el 15 de octubre del año precedente (1810) «en favor de todos los países de Ultramar en que se hubiesen manifestado conmociones, siempre que reconociesen á la legítima autoridad soberana establecida en la madre patria.» Ordenó á Cruz que enviase á Hidalgo un ejemplar de la ley de amnistía, y así lo hizo este general el 28 de febrero acompañándolo con una nota en que exhortaba al jefe de la revolución á aprovecharse de aquella gracia, escapando de una ruina segura y salvando al mismo tiempo la vida de los muchos prisioneros que estaban en poder de los jefes realistas, que no debían esperar más que el último suplicio, y le fijaba el término de veinticuatro horas para tomar una resolución ¹.

Hidalgo y Allende, en medio de la derrota y sin más perspectiva que la expatriación ó la muerte, contestaron rehusando el perdón que se les ofrecía.

«Don Miguel Hidalgo y don Ignacio Allende, decían á Cruz, jefes nombrados por la Nación Americana para defender sus derechos, en respuesta al indulto mandado extender por el Señor Don Francisco Javier Venegas, y del que se pide contestación, dicen: que en desempeño de su nombramiento y de su obligación, que como á patriotas americanos les estrecha, no dejarán las armas de la mano hasta no haber arrancado de las de los opresores la inestimable alhaja de su libertad. Están resueltos á no entrar en composición ninguna, si no es que se ponga por base la libertad de la nación, y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres, derechos verdaderamente inalienables, y que deben sostenerse con ríos de sangre, si fuere preciso. Han perecido muchos europeos y seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composición.

»El indulto, Sr. Exmo., es para los criminales, no para los defensores de la patria, y menos para los que son superiores en fuerza. No se deje V. E. alucinar de

¹ El oficio de Cruz á Hidalgo se publicó en la *Gaceta de México* de 16 de abril de 1811. Véase también este documento en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, página 403.

las efímeras glorias de Calleja: estos son unos relámpagos que más ciegan que iluminan: hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros. Nuestras fuerzas en el día son verdaderamente tales, y no caeremos en los errores de las campañas anteriores: crea V. E. firmemente que en el primer reencuentro con Calleja quedará derrotado para siempre. Toda la nación está en fermento: estos movimientos han despertado á los que yacían en letargo. Los cortesanos que aseguran á V. E. que uno ú otro sólo piensa en la libertad, le engañan. La conmoción es general, y no tardará México en desengañarse, si con oportunidad no se previenen los males. Por nuestra parte suspenderemos las hostilidades, y no se le quitará la vida á ninguno de los muchos europeos que están á nuestra disposición, hasta tanto V. E. se sirva comunicarnos su última resolución. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del Saltillo 1.º

Esta noble respuesta puede considerarse como una protesta contra la dominación española desde las gradas mismas del cadalso, y honrará siempre la memoria de sus autores.

Pero haciendo á un lado la seguridad en el triunfo expresada en la contestación que acabamos de copiar, y que no debe aceptarse más que á título de ardid para ocultar á los realistas sus verdaderos proyectos, lo cierto es que los caudillos de la independencia, conociendo lo difícil de su situación y la imposibilidad en que se hallaban de continuar la lucha con los exigüos elementos que les quedaban, tenían ya resuelto retirarse á los Estados Unidos de América para hacerse en esa nación de armas y dinero y volver á combatir por la independencia. Esta resolución se afirmó en una junta efectuada en el Saltillo el día 16 de marzo, acordándose en ella marchar inmediatamente hacia la frontera, sin que Hidalgo tuviese participio en lo que aquélla determinó, pues preguntado por el juez de su causa respecto de la retirada de los independientes hacia el Norte, contestó: «que él seguía al ejército, más bien como prisionero que por su propia voluntad, y así ignoraba positivamente el objeto de esa marcha, y presume que Allende y Jiménez, que eran los que todo lo ordenaban, llevarían el de hacerse de armas en los Estados Unidos, ó más bien el particular de alzarse con los caudales que llevaban y dejar burlados á los que los seguían, pues desde Zacatecas advirtió en Allende que procuraba deshacerse de la gente, antes que engrosarla, y lo advirtió mejor luego que se juntó con Jiménez en el Saltillo, teniendo en prueba de esta persuasión que el mismo Hidalgo les dijo allí que la gente se iba desertando, y los dos le contestaron *que no le hacía* 2.»

Esta última apreciación demuestra que entre Hidalgo

y Allende existía hondo resentimiento y que el primero creía á su émulo capaz de abandonar la causa que había defendido con tanta constancia; apreciación que queda destruida en parte por el hecho de haber nombrado Allende, desde su llegada á Zacatecas, al abogado don Ignacio Aldama, embajador ante el gobierno de los Estados Unidos, ya fuese para proporcionar los auxilios que se trataba de solicitar ó sólo para obtener una buena acogida. Ese personaje se había puesto desde luego en camino, pero el 1.º de marzo fué hecho prisionero en Béxar, lo mismo que su acompañante el fraile Juan Salazar, por el presbítero don José Manuel Zambrano, hombre inquieto y osado que fué autor de la contrarrevolución en la vasta provincia de Texas 1.

Urgía, por otra parte, á los caudillos de la revolución el combinado movimiento de varias divisiones realistas que avanzaban hacia el Norte, después de arrollar los débiles obstáculos que los independientes presentaban á su paso. Don José Manuel de Ochoa, comandante de la división de *provincias internas*, atacó y tomó á Zacatecas el 17 de febrero después de seis horas de lucha, apoderándose de ocho cañones, de gran número de frascos de azogue dispuestos para servir de granadas, y de una considerable cantidad de municiones, armas y otros pertrechos 2. Calleja, ardiendo en deseos de marchar á San Luis y de acercarse luego á las provincias del Norte para recoger en ellas los más preciados laureles, y sin esperar á Cruz, que volvía victorioso de San Blas, salió de Guadalajara el 11 de febrero mandando fusilar por la espalda, ese mismo día, á diez de los prisioneros tomados en el puente de Calderón, y entre ellos al norteamericano Simón Fletcher, capitán de artillería y director de la maestranza de Hidalgo, y aunque se hallaba gravemente herido, fué sacado del hospital y llevado al patíbulo 3. Dejando en la capital

1 Es de dudarse que las misiones diplomáticas conferidas por los independientes á don Pascasio Ortiz de Letona, primero, y luego á don Ignacio Aldama, dado el caso de haber llegado á su destino, hubieran producido algún provecho á la causa de la independencia de México. El pueblo y el gobierno de los Estados Unidos de América manifestaron la más completa indiferencia por los esfuerzos de los mexicanos para conquistar su emancipación. Más aún: cuando en 1818 se propuso en el Senado de aquella nación enviar ministros ante los gobiernos de las que antes eran colonias españolas y que peleaban á la vez por su independencia, muchos miembros de la asamblea combatieron la proposición hasta derrotarla, alegando la *consideración que merecía el rey de España recientemente salido de su cautiverio*. Con este motivo el elocuente Enrique Clay pronunció estas nobles palabras: «No tengo yo compasión por los príncipes desgraciados; mis simpatías están reservadas para la gran masa del género humano.» Cuando México era ya independiente, en 1823 y 1824, Inglaterra y los Estados Unidos solicitaron la amistad de la nueva nación. Por lo demás, grande honra es para los mexicanos haber alcanzado su independencia *sin el auxilio de ninguna otra potencia*.

(Véase en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, págs 198 y siguientes, la causa formada al religioso franciscano fray Juan Salazar).

2 Parte de Ochoa á Calleja publicado en la *Gaceta de México* de 26 de febrero de 1811. — Carta de don José Francisco Gandarilla en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 384.

3 Los nombres de estos mártires de la independencia de México fueron: Simón Fletcher, capitán de artillería, herido gravemente en

1 Esta contestación se halla agregada á la causa de Hidalgo, en cuyos papeles se halló la minuta. Bustamante la publicó en su *Cuadro histórico*, tomo I, fol. 237, segunda edición. (Véase en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 404).

2 Causa de Hidalgo, contestación al cargo segundo. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, pág. 8).

de Nueva Galicia al coronel don Manuel Pastor, partió Calleja para San Luis, pasando por Tepatitlán, Lagos, Santiago, Bledos y hacienda de la Pila. Su ejército había sufrido considerables bajas, faltando á la brillante columna de granaderos trescientas plazas, y en proporción á los demás cuerpos. La disciplina y el espíritu marcial de sus tropas habían decaído grandemente, según decía el mismo general en jefe al virey: «No puedo menos de decir á V. E., para que le sirva de gobierno, que no advierto en mis tropas aquel aliento que da la victoria, y que ya sea por el cansancio de tan continuadas marchas, ó porque han empezado á experimentar alguna pérdida de gente que no se prometían, las veo poco inclinadas á emprender nuevos ataques que puedan serles más costosos: á que se agrega el justo recelo de la desertión, luego que se acerquen á los parajes donde la mayor parte de este ejército tiene su domicilio, como ya sucedió en las inmediaciones de Aguascalientes ¹.» La comarca que atravesaba el ejército realista estaba talada, la miseria de los habitantes era intensa y todo anunciaba las huellas de la guerra devastadora que hacía varios meses imperaba en aquel rumbo. Esto no obstante, los moradores de los lugares del tránsito, espantados con la siniestra fama de Calleja, se esforzaban por agasajarle, mientras que éste, avanzando con majestuosa lentitud, se rodeaba de un boato oriental, entregábase á continuas fiestas, á pesar del deseo que le impulsaba hacia el enemigo, y recibía con altivo desdén los obsequios que se le tributaban ². Veinticuatro días duró su marcha, entrando en San Luis el 5 de marzo y siendo su primera determinación el fusilamiento del abogado Trelles y de otros cuatro individuos.

El lego don Luis Herrera (á quien hemos visto figurar al lado de fray Gregorio de la Concepción en el levantamiento de San Luis á favor de la independencia) y un tal Blancas, hombres de pésimos antecedentes, habían quedado dueños de aquella ciudad después de haberla abandonado Iriarte. Sabiendo que en la villa de San Francisco se hallaban los jefes realistas don Juan Antonio Reyes y don Ignacio Ilagorri al frente de doscientos hombres y ocho cañones, decidieron salir á su encuentro, y el 12 de febrero, después de una acción reñidísima en que murieron Reyes é Ilagorri, alcanzaron ambos jefes independientes una completa victoria, cuyo brillo quedó empañado por el fusilamiento de varios de los prisioneros. De regreso á San Luis, Herrera y Blancas cometieron deplorables excesos, no libertándose del saqueo á que sus soldados se entregaron ni la casa

del intendente Flores, que hubo de ocultarse para escapar de las manos de aquellos furiosos.

La aproximación de Calleja obligó á Herrera y á Blancas á evacuar San Luis el 25 de febrero, llevando tres mil hombres de infantería y caballería y quince cañones, con cuyas fuerzas se retiraron á Río Verde. El coronel don Diego García Conde, á quien Calleja confió un batallón de infantería de la Corona, el regimiento de dragones de Puebla, dos escuadrones del de San Luis y cuatro piezas de artillería, salió de San Luis en su persecución, logrando darles alcance y derrotarlos por completo en las inmediaciones de Valle del Maíz el 22 de marzo ¹. «Herrera, Blancas y los demás que pudieron reunirse se retiraron, dice Alamán, á la villa de Aguayo (ahora Ciudad-Victoria) en la provincia de Nuevo-Santander, donde se hallaban las tropas que habían abandonado al gobernador Iturbe y declarádose por la insurrección. Marchaba sobre ellas el coronel Arredondo con la división que sacó de Veracruz y desembarcó en Tampico, y tanto por el terror que su llegada había causado, como por el indulto y proclama que este jefe hizo publicar y por el influjo también del cura de aquel lugar, estas tropas se declararon de nuevo por el gobierno, y para hacerse un mérito para con él atacaron por la noche el cuartel en que estaban Herrera y Blancas con los suyos, los hicieron á todos prisioneros y los entregaron á Arredondo, quien mandó fusilar á los dos primeros y algunos jefes; los soldados fueron llevados á Veracruz á trabajar en el castillo. Tal fué la efímera carrera revolucionaria de este famoso lego ².»

Dábanse, pues, la mano á principios de marzo las tropas realistas de Ochoa en Zacatecas y las de Calleja en San Luis, y no era dudoso que pronto se pusiesen en marcha hacia el Saltillo. Era tiempo de adoptarse una resolución en el campo de los independientes, y así hemos visto que en junta de jefes, efectuada el 16 de marzo, se acordó salir inmediatamente para los Estados Unidos; tratóse en la misma reunión de nombrar jefe de las tropas que quedaban en el Saltillo, ó más bien, de conferir el peligroso cargo de jefe de la revolución, pues que sus más prominentes caudillos iban á entrar en tierra extranjera: se le propuso á Abasolo, quien resentido de que sus compañeros le dejaran en el riesgo de que ellos aparentemente querían salvarse, rehusó aceptarlo; tampoco lo admitió Arias, porque nada hay que desaliente tanto á los hombres de un partido que el verlo abandonado por los que á su cabeza se encontraban antes, y en esta ocasión, el mando supremo, tan ambicionado dos meses

la batalla de Calderón y á quien se arrancó de su cama del hospital para ser fusilado; José Dionisio Rodríguez, José Nazario García, Juan José Dionisio Pérez, Rafael Martínez, José María Vega, José Padilla, José María Romero, José María Castañeda y Quirino Fuentes. (Véase nota de Bustamante en sus *Campañas de Calleja*, pág. 104).

¹ BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, fol. 102.

² BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, fol. 105. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 156.

¹ En los momentos de huir Herrera dió orden de que fuesen degollados once españoles que llevaba presos. Esta bárbara disposición se cumplió por la guardia que los custodiaba. Uno solo de los presos, don Juan Villarguide, á quien dejaron por muerto los asesinos, sobrevivió á sus heridas y escribió luego una relación de este horrible suceso (Véase dicha relación en la *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo II, pág. 913).

² ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 162, edición de 1850. La prisión y el fusilamiento de Herrera y Blancas se efectuaron el 8 de abril de 1811.

atrás, nadie quería recibirlo. Pero hubo al fin un hombre ilustre que echó sobre sus hombros la causa de la patria cuando todos la rehusaban, y ese fué don Ignacio López Rayón, á quien se nombró jefe supremo, dándosele por colega en el gobierno á don José María Liceaga ¹.

Habían previsto el gobierno vireinal y los generales que le obedecían el propósito de sus enemigos, y para frustrarlo ordenó Venegas al gobernador de Veracruz que embarcase en ese puerto doscientos hombres escogidos del regimiento *Fijo*, los que mandados por oficiales de toda confianza debían reconocer todos los surgideros, calas y ensenadas del litoral del Seno Mexicano hasta la apartada bahía del Espíritu Santo, saltando á tierra en los lugares que pareciesen convenientes, según las noticias que la expedición recibiese, para impedir no sólo la evasión de los jefes de la independencia, sino también la entrada por aquellas solitarias costas de los

auxilios de armas y pertrechos que pudieran llegar de los Estados Unidos. Calleja, por su parte, ocupado con su actividad genial en reparar su cuerpo de ejército, escribía al virey desde San Luis ¹, manifestándole lo peligroso que sería dejar á los independientes rehacerse en el Saltillo donde podrían recibir auxilios de los norteamericanos, y le proponía, en consecuencia, un nuevo plan de ataque hacia ese rumbo, de cuyo éxito completo respondía, con tal que se pusiese á sus órdenes una división de tres mil cuatrocientos infantes y ochocientos caballos.

Pero la traición, adelantándose á estos aprestos del virey y de Calleja, disputaría con su vil celebridad los nobles lauros de la victoria que quizás estaban reservados á este último, y apresuraría la hora del martirio para los esforzados varones que fundaron con su sangre la independencia de México.

¹ Véase manifestación de Rayón y Liceaga dirigida á Calleja con fecha 22 de abril de 1811. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 279).

¹ Bustamante, en sus *Campañas de Calleja*, pág. 114, hace mención de la carta que con fecha 18 de marzo (1811) dirigió Calleja al virey Venegas. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, página 167.